

Los adioses

Alejandro Medina



Image not found.

Capítulo 1

1

—Alicia murió —dijo una voz pastosa al otro lado del teléfono.

—¿Qué? ¿Quién habla? ¿De qué me estás hablando?

Eran las seis menos diez de la mañana. El timbre del teléfono me había despertado y de repente tuve la sensación de estar en un lugar extraño en mi propia casa.

—¡Ya! ¡No juegues, pinche Jorge!

La voz pastosa de pronto se tornó distendida.

—¡Soy Chucho Galopín, el de la prepa!

—Ah, sí, Chucho. ¿Pero qué me dices de Alicia?

—Murió, cuate.

—¿Cómo que murió?

—Pues sí buey, murió.

—Oye, me llamo Jorge, no buey.

—Está bien, nomás no te sulfures.

—Olvídalo. Mejor dime, ¿qué le pasó?

—Ah, eso sí no lo sé. Yo me enteré de rebote platicando con la banda.

—¿Cuándo sucedió?

—Ya te dije que no sé nada, sólo sé que murió y ya. Oye, pasando a otro asunto, hace rato que no te dejas mirar, ¿pues a dónde te fuiste, eh? Hay que vernos para tomarnos una cervecita, ¿qué te parece?

—Sí sí, quedamos. ¿Éste es tu número? ¿Aquí te puedo llamar?

—¡Claro, mi cuate! Nomás que si me llamas, hazlo entre las seis y diez de la mañana, porque todo el día ando tras la papa. A propósito, ¿tú de qué la giras?

—Mira, Juan...

—Chucho, soy Chucho.

—Ah sí, Chucho. Disculpa. Mira, está entrando otra llamada, tengo que cortarte. Luego te hablo.

—Pero en serio, ¡eh!

—Que sí. Yo te llamo.

Tan pronto como corté la comunicación con Chucho salí de la cama pero me quedé sentado en el borde, pensativo, con los codos apoyados en las rodillas. Qué manera de despertar. Uno se levanta por las mañanas pensando en recibir noticias del tipo el dólar bajó, descubrieron una nueva vacuna para, los Diablos Rojos del Toluca son líderes del campeonato mexicano de fútbol, pero nunca sobre el fallecimiento de un conocido. Y Alicia no era sólo una conocida, sino que había llegado a ser para mí alguien muy importante en mi etapa de preparatoria.

Era bajita de estatura, con ojos vivaces y preciosos, de lenguaje florido y limitado (se trababa cada que leía en voz alta). Si no llegamos a nada en concreto fue por mi inoperancia en estas cuestiones, y cuando intenté ponerme serio otro ya había ganado su gracia. De alguna forma, su historia personal estaba cercada por un halo trágico. Era la última de cuatro hijos, y bien no acababa de instalarse en el primero de primaria cuando su madre falleció (y qué difícil ha de ser afrontar la vida desde pequeño sin la figura materna a un lado). La preparatoria la vivió en dos etapas. La primera duró un año y medio, y se fue porque sus notas eran francamente malas. La segunda ocurrió después del sábado que se tomó, porque su matrícula nunca se anuló, y yo la convencí de volver. Pero esa segunda estancia duró apenas un suspiro. Durante toda la primera semana del ciclo escolar de su vuelta estuve con ella ayudándola en todo lo que podía. Al finalizar nuestras últimas clases respectivas del viernes nos metimos en un cubículo de estudio a platicar, no recuerdo ya qué fue lo que hablamos, pero tuvo que ser algo realmente emotivo, porque después de conversar nos quedamos una hora en silencio, yo abrazándola. Si por mí hubiese sido, nos habríamos quedado así toda la vida, mas la realidad es tan abrupta y cada quien tuvo que volver a su morada. Ésa fue la última vez que la vi en persona.

Como a los dos años de ese último encuentro recibí una llamada suya. Alguien (Rosaura, quiero suponer) le dio mi número de casa y charlamos largo rato. De todo lo que me platicó, me sorprendió encontrarme con que ya tenía un hijo, que para la fecha de esa llamada contaba ya los nueve meses de vida. Quedamos de vernos para platicar más cosas pero nunca pudimos concretarlo. Por ese entonces ella vivía con su pareja en una colonia cercana al Centro de Tlalpan y laboraba como enlace ciudadano en

la sede delegacional, y yo habitaba un cuarto de vecindad en las calles de la Constanca, compaginando la universidad con un empleo de medio tiempo que me estaba consumiendo la existencia.

A partir de entonces mantuvimos contacto vía telefónica, misma que fue espaciándose con el tiempo. Y a pesar de comprometernos para vernos, por alguna u otra razón nunca volvimos a encontrarnos físicamente. Además de las llamadas telefónicas interactuábamos por correo electrónico; por este medio compartíamos cosas más íntimas, como mis fotos de graduación y con mi cédula profesional, y ella regularmente me enviaba fotografías junto a su hijo. Al recibir el malhadado telefonema de Chucho Galopín llevaba por lo menos dos años de no saber nada de ella, y si he de ser sincero, casi me había olvidado que existía.

Me levanté de la cama, me dirigí a mi ordenador y lo encendí. Mientras esperaba a que el sistema operativo se iniciara busqué mi vieja agenda donde, estaba seguro, hallaría el número telefónico de Rosaura, que probablemente era, de todas las personas que yo conocía de la preparatoria, la única que con exactitud algo sabría de lo que pasó con Alicia.

El reloj marcaba las seis con quince de la mañana. Dudé en llamar a Rosaura, no por falta de valor, sino por la hora que era. Decidí mejor echar un vistazo a mi correo electrónico para ver la última fecha en que compartí mensajes con Alicia. Me quedé petrificado: el último correo databa de un doce de febrero, de hace tres años. Se me encogió el corazón. Por alguna extraña razón me sentí de pronto culpable por su deceso. La angustia revoloteaba entre mis entrañas y el pecho. Descolgué el auricular y marqué el número que aparecía en mi agenda con el nombre de Rosaura.

—¿Sí?

—¿Rosaura?

—¿Quién habla?

—Soy Jorge Berriozábal.

—¿Jorge Berriozábal?

—Sí. Fuimos compañeros en la preparatoria.

—¿Jorge Berriozábal? ¡Ah, sí, Jorgito! ¡Milagro que te dejas oír! ¿Pues en dónde te metiste, condenado? Hace tiempo que tengo una noticia que darte. Fui a buscarte a la Constanca, pero la portera me dijo que tenías

tiempo de no vivir ahí. ¿Dónde estás, eh?

—Estoy viviendo en el pueblo de San Lorenzo Xicoténcatl.

—¿Y eso dónde queda?

—Sigue siendo el DF, en Iztapalapa. Colinda con el Estado de México.

—Con razón. ¿Y por qué te fuiste hasta allá?

—Es una historia un poco larga de contar. Pero ese no es el motivo por el que te estoy llamando. Hace como media hora me despertó por teléfono Chucho Galopín, ¿te acuerdas de él?, iba con nosotros en la preparatoria. El caso es que me dijo que Alicia murió. ¿Tú sabes algo de lo que le pasó?

—Precisamente ésa es la noticia por la que fui a buscarte a la Constancia. ¿Sabías tú que ella tenía un hijo?

—Sí, y que vivía con su pareja por el Centro de Tlalpan.

—Bueno, eso ya no. Se separaron. No me preguntes la causa del rompimiento porque no la sé. La cuestión es que Alicia regresó a vivir a casa de su padre, pero regresó embarazada.

—¿Y eso qué tuvo de extraordinario?

—Pues si lo miras así, nada. Sólo que da la casualidad que ese segundo embarazo resultó ser de alto riesgo, además que llevaba tiempo de ser diagnosticada hipertensa.

—¿Tan joven?

—Sí. Al parecer lo heredó de su madre. Ya para no alargar la historia, una mañana tuvo una inesperada subida de presión y tardaron en llevarla al hospital, y eso que sabes que la casa de su padre está cerca de Emergencias de La Villa. Ya internada tuvo un aborto repentino, pero la presión nunca pudieron controlársela.

—Y todo eso, ¿hace cuánto tiempo pasó?

—El mismo que llevamos buscándote: un año y tres meses.

Me quedé sin hablar mirando la pared encima del ordenador.

—¿Jorge? ¿Sigues ahí?

—Perdóname, me quedé pensando.

—Veo que te impactó mucho la noticia. Si te sirve de algo, tengo dos fotos tuyas que le tomaron días antes de fallecer, ¿quieres que te las mande? Son archivos digitales.

—Por supuesto. Envíalas en mensaje de texto por cobrar. ¿Tu número de móvil sigue siendo el mismo? En mi agenda tengo anotado uno que termina en diecinueve, ¿es ese?

—Claro. Pero yo no tengo el tuyo.

—No te preocupes, ahora mismo te mando un mensaje con mi número. En cuanto te llegue me mandas las fotografías, por cobrar, ¿eh? No quiero que gastes nada de tu saldo.

—No sé cómo hacerlo.

—Junto con mi número te pongo las instrucciones, es muy fácil. Por cierto, ya que volvemos a platicar después de tanto tiempo, dime, ¿a qué te dedicas?

—Pues, verás, ahorita soy Jefa de Piso en un autoservicio por los rumbos del Canal del Norte, unas calles antes de llegar al Ferrocarril de Cintura. Conoces la zona, ¿verdad?

—¡Cómo no! Y si es el autoservicio que imagino, es el mismo donde hacía la compra cuando vivía en la Constanca. A lo mejor un día de estos te doy una sorpresa y voy a visitarte. ¿Sabes? Estoy pensando muy seriamente en volver a esos lugares, aquí en San Lorenzo nada tengo ya que hacer.

—¿Por? ¿Tan mal te va?

—No es eso. Tenía una razón, que creía muy poderosa, para estar aquí. Pero esa razón se diluyó de la noche a la mañana. Ya te contaré cuando podamos vernos.

—Mejor que sí. Y no creas que soy grosera, pero tengo que dejarte. De suerte me encontraste, estoy por salir rumbo a mi trabajo; entro a las siete y media y no me gusta llegar tarde.

—Discúlpame entonces, Rosy, no te quito más tiempo. Puedo seguir llamándote Rosy, ¿verdad?

—Con la misma confianza con la que yo te digo Jorgito, ¿no te molesta?

—Para nada.

—Entonces como a las diez, que es la hora de mi almuerzo, te mando las fotos. Por cobrar.

—Sí. Yo en este momento te envió el mensaje con mi número y las instrucciones.

—Vale. Te dejo, Jorgito. Cuídate, ¿sí?

—Tú también cuídate mucho, por favor.

El semblante de Alicia en las dos fotografías que me envió Rosaura no tenía muy buena pinta. De entrada, lucía un poco más delgada respecto a cómo la conocí. Sus ojos, siempre vivaces, ahora estaban cansados y apagados. Su sonrisa era una mala calca de esa sonrisa fascinante que llamaba la atención de todo aquel que la veía: era una mueca informe pegada forzosamente en su rostro. Me dolió mucho verla así, en ese estado deplorable. Me dolió haberla olvidado como se olvidan las llaves de casa en el buró o en la mesa de cualquier Café. Y más me dolió ver la fecha de su deceso: diez de diciembre. Hizo mal Rosaura en haber puesto esa fecha como pie de foto. No había necesidad de tanta crueldad. Sigo teniendo fresco en la memoria el recuerdo de ese día. Era lunes. Mientras Alicia agonizaba o ya había perecido, yo estaba en las escaleras del *mezzanine* del tercer nivel en un edificio de la colonia Anzures intentando convencer a Helena Menina de no renunciar al trabajo que compartíamos en dicho lugar. Sin saberlo, aquel día estaba despidiéndome de dos mujeres que han significado mucho en mi vida. Me duele no haber podido decirle adiós a Alicia ni siquiera a la distancia. Se fue dejando solo a su niño, repitiendo así la historia que a ella le tocó vivir, y dejando también veintiséis años vividos plenamente, al menos eso es lo que quiero creer. Sé que su memoria sabrá dispensar una disculpa a mí, un tipo desprolijo con las cosas que verdaderamente importan.

2

Estaba muy abrumado. Tantos recuerdos agolpados en mi cabeza hicieron que cayera en una terrible indisposición. Debía tranquilizarme. Fui a la cocina, encendí la hornilla y puse a calentar agua para preparar café. Perdí la noción de tiempo. En lo que el fuego accionaba contra el peltre volví a la recámara para mirar la hora en el ordenador: doce de la tarde. Obviamente no me presenté a trabajar. Y en realidad no me importaba. Tuve que telefonar a Lupita, la jefa de Recursos Humanos, para avisar que no podría presentarme a laborar.

—Es viernes, *George*, y sabes que los viernes el trabajo se nos viene encima.

—Ya lo sé, pero hoy no puedo ir. No me siento bien. Que no estoy, ¿me entiendes? Y me llamo Jorge, no *George*.

—Se me hace que anoche agarraste la parranda y apenas vienes despertando, ¿verdad?

—Piensa lo que quieras. Me da igual lo que tú y el jefe piensen de mí.

—¡Oye! Cuida tus palabras.

—Cuida lo que dices.

—Bueno, ya. Se te descontará el día en tu próximo pago y tendrás que reponer las horas la semana próxima, ¿de acuerdo?

—Descuéntenme todo el dinero que quieran, pero horas yo no pago.

—Jorge, te vas a meter en un lío muy gordo si sigues con esas actitudes rebeldes.

—Para ustedes, *rebeld*e es todo aquel que pone su dignidad por delante.

—¿Te pasa algo, Jorge? Suenas muy cabreado.

—No me pasa nada. Es sólo que estoy empezando a hartarme un poco de todo.

—A mí no me engañas, Jorge. Algo te sucede, y creo saber la razón. No quería decírtelo, pero dadas las circunstancias me veo obligada a ello. Mira, Jorge, he estado observándote muy de cerca durante el último año, y lo que he visto es que estás muy irritado, inconforme con todo lo que decimos y hacemos en la empresa; casi no hablas con nadie, y cuando lo haces, eres muy seco en el trato con tus compañeros, y eso tiene un antes y un después. En lo que fue tu primer mes y medio con nosotros todo era risas contigo, pero desde que Helena Menina se fue cambiaste por completo.

—Helena Menina era la única persona que valía la pena en la empresa.

—Tienes un problema muy serio con eso, Jorge. Necesitas olvidar ese tiempo, no en el sentido de obviarlo, de hacer como si nunca hubiese pasado, sino guardarlo por ahí en un rinconcito de tu memoria para evocarlo de vez en cuando como un buen momento de tantos que has tenido. Y, mira, no tengo tiempo de seguir platicando porque, como ya sabes, estamos vueltos de cabeza con el trabajo, pero el lunes que

vuelvas te pasas directamente a mi oficina, voy a hablar con el jefe para que no haya ningún problema, y seguimos conversando sobre esto. Quiero ayudarte. Y con lo del descuento y las horas voy a ver la forma de pasarlo como incapacidad, de modo que tu pago de esta quincena salga íntegro.

—Te lo agradezco, Lupita. Pero, ¿por qué lo haces?

—Ya te lo dije: quiero ayudarte. Un beso. Chau.

—Adiós. Y gracias.

Colgué la bocina y apagué el ordenador. Lupita tenía toda la razón del mundo. Cada una de sus palabras sembró la semilla que me puso a pensar. Y recordé también que dejé agua calentándose en el fuego y fui corriendo a la cocina para apagar la hornilla: la mitad del agua se evaporó.

Hacía mucho calor. Pasaba de las doce del mediodía y afuera en la calle la temperatura estaba en por lo menos veintidós grados centígrados. En Iztapalapa, sobre todo en el área pegada al Estado de México, el calor es muy agobiante. La idea de tomar café con semejante sol me asqueó y abrí el frigo bar con la esperanza de encontrar algo refrescante: sola se hallaba una botella de agua. En realidad no tenía sed, tenía necesidad de sentir algo corriendo por mi organismo, porque con todo lo acontecido desde temprano la sangre se me espesó. Bebí un largo trago, introduje nuevamente la botella al frigo bar y me entraron unas ganas rabiosas de fumar, sólo que no contaba con cigarrillos en casa porque entré en abstinencia voluntaria desde siete meses atrás. Volví a la recámara, me quité el pijama, me vestí con la indumentaria de entrenamiento de mis Diablos Rojos y salí a la calle.

El sol estaba en su punto y mi temprano astigmatismo lo resintió. Hice sombra a mis ojos con la palma de la mano y eché una larga contemplación al Peñón del Marqués. Me tranquiliza sobremanera mirar ese cerro, el contraste ocre de su tierra con el verde de la vegetación. Poca gente caminaba por la calle. Es un lugar muy tranquilo para vivir. Empecé a caminar dándole la espalda al Peñón. Vi salir a dos beatas, descorriéndose el velo de la cara, de la parroquia de San Lorenzo Diácono y Mártir; me detuve en la siguiente esquina a mirar los titulares de los periódicos, me dieron ganas de leer sobre asuntos económicos y pedí *El Financiero* y *El Economista*; mientras la señora dueña del puesto buscaba mis ejemplares, uno de los limpiaparabrisas que trabajan en Avenida Texcoco contaba su morralla para pagar la revista pornográfica que yacía estrujada bajo su brazo sudoroso. Esta gente no tendrá qué comer pero sí tiene para comprarse distracción, pensé.

A la tienda iba a comprar cigarros solamente, y como mi frigo bar estaba vacío, pedí un garrafón de diez litros de agua natural, media docena de bebidas isotónicas, un galón de zumo procesado sabor naranja y tres rejillas de cerveza enlatada, además de un paquete de Luckie's. Hice la compra pensando en el vacío del aparato, no en el bulto que se hizo, de cualquier forma me las arreglé para ir por la calle con semejante carga.

A contra esquina de la parroquia, en una recaudería, unas manzanas rojas, muy rojas, llamaron mi atención. No pude resistirme y compré, además de manzanas, plátanos, naranjas, dos piñas, una sandía, algunos mangos, peras y cacahuates. Hay días en que me alimento sólo con fruta. Un borrachito, sentado en la banca de la carnicería de al lado, dormitaba con los brazos cruzados a punto de caerse del asiento.

—¡Oye, tú!

El borrachito despertó sobresaltado.

—¿Yo?

—Sí, tú. Te doy cincuenta pesos si me ayudas a llevar estas bolsas con fruta a la siguiente calle.

Se levantó como impulsado por un resorte, se plantó frente al dueño del negocio, y como pudo cargó con mi pedido.

La ventaja de vivir en un lugar como San Lorenzo Xicoténcatl radica en que todo se encuentra a la mano, no hay necesidad de recorrer grandes distancias para abastecerse de bastimento. Mi casa está en la esquina anterior a la parroquia, sobre la misma vereda, y quizá es lo único que puede molestarme de vivir aquí, pues me irrita ver a la gente entrar en esos templos de la enajenación para escuchar a esos cantamañanas hablar sobre algo que no existe y aferrarse a eso para hacer sentir inferior a tantas personas. Bueno, cada quien sufre como le venga en gana. Yo respeto.

Llegamos a mi puerta, saqué un billete de cincuenta pesos de mi cartera y se lo entregué al borrachito.

—¡Gracias, jefe!

Se quitó el gorro con el logotipo de una marca de pinturas que llevaba puesto e hizo un remedo de reverencia, pero mejor intencionada en comparación con la que fingen los compañeros del lugar donde trabajo.

—Al contrario, que si no es por ti no sé cómo habría hecho para cargar con todo esto. Y regresa a la recaudería, que te dejé pagado medio kilo de

cacahuates, así la caña no te va a saber tan gacho.

—¡Suave, patrón! Que dios se lo pague.

—Ándale. Que te vaya bien.

Cruzó la calle colocándose nuevamente el gorro y silbando muy desafinado la tonada de una canción. Lo vi acercarse al local, recibir su regalo, alejarse muy campante y doblar en la esquina de la tienda, perdiéndolo así de vista. A su manera, pero es feliz, pensé.

Los periódicos se quedaron reposando en la mesa abiertos en la sección de Mercados. Del paquete de Luckie's desaparecieron diez puchos, una fila de diez latas de cerveza vacías fungía de valla protectora de la información periodística impresa; desaparecieron también la mitad de las manzanas, media sandía y un cuarto de cacahuates. Si toda la mañana se me fue con lo acaecido con Alicia, la tarde entera el recuerdo de Helena Menina dominó mi pensamiento. ¿Acaso ha existido algún momento en el último año en que haya dejado de pensar en ella? Desde esa última vez que la vi descendiendo los escalones del edificio de Thiers no hay día en que no me venga a la mente.

Nunca había reparado en las divergencias existentes en las vidas de Alicia y Helena. Mientras Alicia creció sin su madre, Helena lo hizo sin padre. Al ser la hija pequeña, Alicia recibió el calor de toda su familia; Helena en cambio, recibía todo el cariño por parte de su abuela, pues su madre, en condición de cabeza de familia, trabajaba quince horas diarias para mantener el barco a flote. Durante toda su infancia Alicia no supo de responsabilidades más que la de estudiar; con tan sólo siete años de vida, Helena se hizo cargo, en ausencia de su madre, del cuidado de su hermano menor a la par de sus estudios primarios. A partir del segundo de secundaria Alicia tomó a juego la escuela, redundando este comportamiento en el abandono de los estudios en la preparatoria; Helena vio disminuir sus calificaciones en la secundaria e hizo un bachillerato loable, sobre todo en Matemáticas, aun con el cargo de seguir al pendiente de su hermano. Alicia trabajó hasta después de parir a su hijo y nunca conoció estrecheces; cuando coincidimos en Thiers, Helena llevaba tiempo juntando dinero para salirse de su casa, pues un conflicto muy grave con su mamá le impedía seguir compartiendo el espacio familiar.

Su experiencia de vida, aunado al clima de marginalidad de su municipio de procedencia, forjó en ella un carácter bragado, jamás se dejaba intimidar por las figuras de autoridad. En los primeros días en el trabajo, un ayudante del jefe quiso jugarle una broma sobre su baja estatura, y ella, con magnífica sobriedad, puso el alto en el camino a todo aquel que intentase pasarse de listo.

Si bien duró en la empresa un mes y medio, la realidad es que nuestra amistad alcanzó su paroxismo en las dos últimas semanas antes de su partida, tiempo suficiente en el cual conocí los detalles más íntimos de su breve vida. Reza un dicho popular: "Mal empieza la semana para el que ahorcan en lunes". La inercia de injusticia que la perseguía desde pequeña alcanzó también al ámbito laboral. Su salida no fue por improductividad, sino por ineptitud del departamento de Nómina, del encargado de esa área, quien traía su quilombo con los tabuladores, y como resultado de ese desorden a Helena se le pagaba la mitad de su salario en la primera quincena y tres cuartas partes en la segunda, y por más que reclamó en Nómina y Gerencia, y por más que otros compañeros y yo la acompañamos a reclamar, nunca le hicieron caso.

Empezó a oscurecer pero el calor no disminuía. En más de un año durante el cual no he vuelto a verla, salvo tres o cuatro llamadas telefónicas, comprendí que vivo enamorado de ella, un amor muy distinto al que he sentido por otras mujeres, incluso por la misma Alicia. Y ha sido un poco complicado aceptarlo. Helena Menina es una mujer a la que se quiere no como a un objeto que puede poseerse, se la ama desde su libertad; aquel que la entienda desde esa perspectiva podrá quererla sin cortapisas. Pude haber luchado para lograr su gracia, sin embargo me considero un buen jugador. El buen jugador sabe cuándo retirarse y sabe perder. Lo que importa es que ella sea feliz.

Su historia de vida, llena de vicisitudes, es digna de contarse. Claro, la historia de cada persona es interesante. Y quizá la de Helena nada tenga de particular, pero desde el ámbito literario puede tener realce. Estoy decidido a sentarme a escribir esa historia. Voy a negociar con Lupita unas vacaciones para hacerlo. Y no pretendo lucrar con las pequeñas tragedias de Helena, me interesa retratar cómo se forja una personalidad pura, sin malicia.

En el tiempo que la conocí yo atravesaba por una etapa de inestabilidad en todos los sentidos, y ella, con esa poderosa luz, me mostró el camino de la serenidad. Pero esa luz que antes me ayudó hoy me está hundiendo. Su recuerdo es lo que me pudre el pecho.

He perdido toda esperanza de verla otra vez, por eso es que escribiendo su historia será una forma de ir desprendiéndome de su imagen. Un poco será como un adiós, pero no un adiós en definitiva. Con una mujer como Helena nunca hay nada en definitiva.

Alejandro Medina.

Ciudad de México, marzo de 2020.